

el hombre y la tierra

Desde los primeros homínidos hasta hoy, la vida humana ha sido una constante aventura sobre la tierra y frente a ella. Tratemos de entender con alguna precisión lo que la tierra ha sido y es en la vida del hombre.

I. La idea que el hombre ha tenido de su medio físico ha cambiado fabulosamente en el curso de los siglos. ¿Es posible comparar entre sí la visión del mundo de un cazador primitivo, la de un griego secuaz de Tolomeo y la del astronauta que desde el vacío sideral contempla y fotografía la redondez del planeta? Pero si el contenido de las sucesivas actitudes frente a la tierra ha ido cambiando de tan fabuloso modo, tal vez la formalidad de todas ellas — los diversos sentidos cardinales que la tierra ha tenido en la vida humana — haya permanecido invariable.

Contemplando sinópticamente la conducta del hombre frente a la tierra desde el paleolítico hasta hoy, yo creo que en ella es posible distinguir hasta cuatro intenciones cardinales. La tierra, en efecto, ha sido siempre para el hombre ámbito vital, realidad transformable, realidad poseible y realidad contemplable.

1. Uso el enunciado *ámbito vital* en su sentido más elemental e inmediato, esto es, como el contorno en que físicamente acontece la vida del hombre: el bosque por el que deambula el tasmanio colector o la zona de espacio cósmico con que para existir en el nivel de nuestro tiempo necesitamos contar los hombres de hoy. Ahora bien, un análisis más atento de lo que el ámbito vital puede ser, cualquiera que sea su ocasional contenido, permite deslindar en él varias funciones cualitativamente distintas entre sí: el apoyo, el sustento, la protección y la promesa.

Cumpliendo su función de *apoyo*, la tierra actúa como *suelo*: aquello con lo cual el hombre puede contar, para hacer su vida, con cierta seguridad espacial. Si no me fuese posible «estar» donde yo quiero — aunque este «querer» haya de ser en tantos casos la mera aceptación — no me sería posible vivir. Poco importa que el suelo sea una roca natural, el asfalto urbano, una tabla flotante sobre el agua o la pared metálica de una astronave. En cualquiera de estos casos, la tierra, sus productos y sus propiedades sirven para que el hombre viva físicamente apoyado en la realidad.

Además de apoyo, la tierra ofrece *sustento*. El bosque da frutos y brinda presas de caza; el interior del suelo, bulbos

comestibles; los ríos y los mares, peces y crustáceos; la pradera, hierba para el ganado. Desde el paleolítico hasta hoy, el hombre ha tenido en la tierra una *despensa* más o menos abastecida.

El ser humano es un animal desvalido: su piel es blanda y está casi desnuda; sus uñas carecen de fortaleza; sus dientes no le sirven más que para masticar; la velocidad de su carrera es harto escasa, si se la compara con la de tantos y tantos mamíferos; el frío, la lluvia y el viento lo molestan o lo dañan. De ahí que haya de buscar en la tierra *protección*, bajo forma de valle defendido, caverna o hueco arbóreo. Lo que era suelo y despensa, hácese, por añadidura, *cobijo*; y cuando el cometido de éste consiste en albergar y proteger los cuerpos muertos, truécase en *cementerio*. Desde la más remota antigüedad, el hombre, como más de una vez se ha dicho, es un animal que entierra a sus muertos.

Pero la tierra siempre puede dar más de lo que da. Mejor dicho: el hombre está de tal modo constituido, que frente a lo que inmediatamente le rodea siempre quiere y espera más de lo que en aquel momento tiene. La tierra se hace así *promesa* y, desde el punto de vista de nuestra operación sobre ella, se constituye en *camino* hacia lo que no da y puede dar. El primitivo que abandona su tribu y convertido en «caballero andante» (Grabmann) se dedica a explorar el territorio de las tribus circunvecinas, Heródoto recorriendo el mar Egeo y sus contornos «por el gusto de ver», Colón buscando un nuevo camino hacia las Indias y los ya próximos exploradores de la Luna, son otras tantas encarnaciones de esa constante manifestación de la superficie terráquea como promesa y camino.

2. Para que la tierra sea en todo momento promesa es preciso que el hombre se halle insatisfecho con lo que ella le está dando. El suelo, el sustento, el cobijo y el camino pueden ser mejores de lo que son; por satisfactorios que ocasionalmente parezcan, la relación vital con ellos acaba produciendo alguna insatisfacción, y ésta mueve al hombre — *bestia cupidissima rerum novarum*, según la tan conocida sentencia de San Agustín — a modificarla mediante una transformación más o menos creadora. La tierra, el medio físico, se constituye así en *realidad transformable*.

Pero en la transformación del medio físico, el hombre puede proceder movido por dos impulsos muy distintos entre sí, la utilidad y el arte. Llamando genéricamente «traba-

jo» a toda actividad humana en la cual opere la intención de modificar la realidad, cabe distinguir, en efecto, el *trabajo utilitario* o trabajo por antonomasia y el *trabajo artístico*.

La pradera natural es convertida en prado; el bosque o el erial, en campo cultivado; el río, en canal o en embalse; en el llano y la montaña, las zonas más transitables son transformadas en caminos artificiales; la caverna es sustituida por la choza, y ésta por la casa; surgen las ciudades en que se vive y los cementerios en que se está muerto; poco a poco, la simple recolección de lo que da la naturaleza se trueca en verdadera industria... Frente a la tierra, el hombre trabaja para modificarla según sus necesidades y sus lujos o para extraer de ella lo que visible u ocultamente contiene. La utilidad — el logro de algo que puede mejorar o hacer más cómodo el cumplimiento de las funciones y acciones vitales — se erige en motor del proyecto y el esfuerzo del hombre; la actividad vital de éste hácese así «trabajo utilitario» y paulatinamente va constituyéndose en «técnica».

La transformación de la realidad cósmica no persigue siempre la utilidad. He aquí a Fidias tallando un bloque de mármol. ¿Por qué, para qué lo hace? ¿Sólo para ganar su sustento o para fabricar un objeto que los demás hombres puedan llamar «útil»? No. En el caso de Fidias y de los que como él proceden, la utilidad, si es que quiere seguir usándose tan vago nombre, se transfigura cualitativamente, porque lo que el trabajo persigue ahora es la conversión de un fragmento del cosmos en «símbolo» — imitativo en ciertos casos, recreador en otros, resueltamente creador en algunos — de las realidades que el hombre tiene ante sus ojos o de las intenciones que surgen en su alma. Su actividad frente a la tierra viene a ser «trabajo artístico»; la operación transformadora se constituye en «arte».

El arte y la técnica no son actividades humanas que se excluyan entre sí; no en vano los antiguos usaron un mismo nombre, *tékhné* los griegos y *ars* los romanos, para designar una y otra. Toda técnica alcanza su perfección siendo de algún modo artística; para ser medianamente satisfactorios, la azada, el hacha, el reloj y el automóvil, objetos utilitarios, han de ser también objetos bellos, deben mostrar ostensible y simbólicamente la complacencia íntima con que el hombre los contempla. Y, complementariamente, el arte supone la posesión de las técnicas en que se apoya. Tal vez fuera más exacto decir que la actividad de transformar la realidad es preponderantemente utilitaria en unos casos y preponderantemente artística o simbolizadora en otros.

3. Además de ser ámbito vital y realidad transformable, la tierra es para el hombre *realidad posible*. La capacidad de apropiación, el hecho de que uno pueda llamar «suya» a su vida, es la nota más esencial de la condición de persona (Zubiri). Ahora bien, esa capacidad se apoya vitalmente en una tendencia de la naturaleza humana a moverse en lo que bien podríamos llamar la «esfera de la posesión». La relación vital con la realidad nos incita elementalmente a tenerla por «nuestra», aunque la posesión jurídica no sea siempre la

forma en que se concreta tal sentimiento, más aún, aunque esa tendencia se manifieste a veces como cesión, abandono o regalo. Transformada o no, mirada en su totalidad o dividida en parcelas, la tierra ha sido siempre para el hombre «mi» tierra.

Basta lo dicho para advertir que la formalidad de la posesión ha ido e irá cambiando a lo largo del tiempo. Posesión tribal o comunal, posesión familiar, posesión individual directa (la del granjero sobre el campo que le pertenece), posesión individual capitalista (la de quien posee a través de la moneda y el crédito), posesión socializada: he aquí las fórmulas principales con que el hombre ha resuelto en el orden de los hechos su radical tendencia a poseer la realidad. La relación del hombre con la tierra lleva consigo, por lo tanto, el conjunto de hábitos vitales y de normas jurídicas y administrativas que otorgan vigencia efectiva a todos esos modos de la posesión: mando y sumisión, costumbre, contrato, ley, ordenanza. Desde la tribu primitiva hasta las actuales organizaciones representativas y democráticas, el Estado es, entre otras cosas, el sistema político de la posesión de la tierra, la estructura de la vida colectiva a través de la cual la tierra se constituye en realidad poseíble.

4. Ante la realidad, el hombre no se limita a habitarla, transformarla o poseerla; puede también contemplarla. La tierra, en tal caso, se presenta como *realidad contemplable*.

«Contemplar» es convertir en parte integral de un «templo» la cosa que se mira, y en sus primeros orígenes, «templo» — lugar exento consagrado a los dioses — era el sitio desde el cual se podía mirar con intención religiosa aquello en que la divinidad más inmediatamente se realizaba y manifestaba, la brillante bóveda del cielo. Todavía Lucrecio llama *templum mundi* a lo que nosotros, con palabra también arcaica, llamamos «firmamento». En su raíz semántica y psicológica, contemplar, según esto, es mirar una cosa cualquiera, un paisaje, un infusorio o los ojos de la amada, para descubrir y venerar su más profunda significación dentro de lo que para nosotros sea el todo y el fundamento de la realidad; por lo tanto, para considerarla, aunque nos llamemos ateos, *sub specie divinitatis*.

La tierra, realidad contemplable. Cazador primitivo o cosmonauta, un hombre se instala ante la superficie terráquea y la contempla. ¿Qué ve entonces? ¿Cómo dentro de su alma se constituye en objeto la realidad que sus ojos le ofrecen? Tres parecen ser los modos y los términos principales de la contemplación.

En primer lugar, el *paisaje*. La tierra en tal caso deja de ser ámbito vital utilitario y se convierte en ámbito vital estético, en paraje que a través de su belleza o de su fealdad muestra el sentido que aquella posee para una vida capaz de envolver mentalmente todo lo que ve. Como término estético, la palabra «paisaje» alude a una instalación prerreligiosa o cuasirreligiosa del hombre ante la realidad de la tierra. De otro modo no podrían entenderse en su plenitud la pintura y la poesía paisajísticas de los siglos xix y xx.

Viene en segundo lugar la *representación descriptiva*, de la cual es paradigma la carta geográfica, el mapa. Las descripciones geográficas y geológicas no son sino el resultado de una contemplación más o menos precisa y exacta del rostro de la tierra; en definitiva, la consecuencia de hacer de ésta una realidad contemplable.

Y, por último, la *representación interpretativa*, que en el curso de la historia ha adoptado tres modos distintos: el «mito», el «poema» y la «teoría». Un mito es una interpretación imaginativa de la realidad, dotada de vigencia social. La observación, la imaginación y la creencia se mezclan siempre, de un modo o de otro, en las construcciones míticas, y nunca en ellas falta una referencia más o menos expresa a la significación de la tierra dentro de lo que nosotros, con lenguaje ya no mítico, solemos llamar el todo de la realidad. Con la ulterior madurez de la mente humana —en rigor, desde la antigua Grecia— el mito se convierte en poema y teoría. Como símbolo artístico de la realidad de la tierra, el poema es la expresión metafórica de lo que ésta, en cuanto tal realidad, significa para el poeta que la contempla. Piense el lector en las infinitas interpretaciones poéticas del cosmos, desde las primitivas e ingenuas del epos homérico y el *Popol-Vuh* quechua hasta las más sutiles de la poesía actual. Observación, sentimiento y metáfora son los caminos principales del poema de la tierra. Y junto al poema, en relación complementaria con él, la teoría, la declaración científica y especulativa de lo que la realidad es. El «mito de la tierra» se hace así «teoría de la tierra», doctrina en la cual la observación y el pensamiento teórico —y también, más o menos perceptiblemente, la imaginación y la creencia— se combinan de uno u otro modo para manifestar con palabras y otros signos lo que la tierra es como tal tierra y como realidad. La fascinante cosmología actual —origen del mundo y de la vida, astrofísica, diversas teorías geológicas, físicas y biológicas— es la expresión del modo cómo el hombre de nuestro siglo contempla, describe e interpreta la realidad de la tierra.

El hombre habita la tierra, la transforma, la posee y la contempla; en definitiva, la humaniza. La historia de la relación entre el hombre y la tierra es la historia de la sucesiva y progresiva humanización de ésta. La habitación, la transformación, la posesión y la contemplación vienen a ser momentos diversos del ingente proceso de humanización del cosmos en que el hombre se halla empeñado desde que hace más de un millón de años comenzó a existir sobre el planeta.

II. La *organización de la tierra* se halla constituida por la operación conjunta de las cuatro fundamentales actividades que acabo de mencionar y describir. Se hallará la tierra organizada, según esto, cuando los hombres que la habitan hayan ordenado de uno u otro modo esa cuádruple y permanente relación entre ellos y su contorno físico.

Cuatro son también, a mi juicio, los principales niveles que sucesivamente ha tenido la organización de la tierra a lo

largo de los siglos: el dominio tribal, el imperio, el ecumeno y el planeta.

Llamo *dominio tribal* a la porción de tierra dentro de la cual una tribu hace su vida. Durante miles y miles de años, éste ha sido el único modo de la organización del medio geográfico. Con una u otra idea acerca de lo que allende su propio territorio pudiera haber y en relación amistosa u hostil con los vecinos, si es que los había, el hombre ha habitado, transformado, poseído y contemplado la tierra en torno según los modos correspondientes a este nivel histórico de su vida y su mente. Cuando por la razón que fuese, el pacto, la fusión lenta o la anexión dominadora, varios grupos tribales se unieron entre sí, la organización de la tierra cobró una figura nueva, la del *imperio*, entendida esta palabra en su acepción más general y neutra. Egipto, Assur, Persia, Grecia y Roma son otros tantos nombres y otros tantos modos de la organización imperial del mundo. Pero el hombre que así vive no tarda en concebir una idea superior, a la cual conviene genéricamente el nombre helénico de *ecumeno*: el conjunto de las tierras habitadas, pertenezcan o no al imperio propio. Y cuando la mente humana llegue a concebir la Tierra como un astro más, en cuya redondez hay zonas habitadas y zonas desiertas, surgirá la noción de *planeta*, y el hombre organizará planetariamente su relación con el medio. Aunque el nombre griego de «planeta» (*planêtês*, el astro errante) no fuese aplicado por los antiguos griegos a la Tierra, de ellos procede la concepción del globo terráqueo que ahora llamo «planetaria»; concepción puramente teórica a la cual Colón, Magallanes y Alejandro VI —éste, dividiendo *de iure* la total redondez del orbe— darán, en el orto del mundo moderno, concreta realidad geográfica y política. Desde entonces hasta hoy la organización de la tierra por el hombre ha tenido siempre un carácter más o menos explícitamente planetario.

III. Se trata ahora de saber cómo los hombres de la segunda mitad del siglo xx entendemos la *organización del planeta*. ¿Cómo el hombre actual habita, transforma, posee y contempla el astro en que la humanidad ha nacido y todavía reside? ¿De qué modo entendemos hoy esa condición planetaria de la Tierra que los griegos y los hombres del Renacimiento descubrieron? El volumen que el lector tiene en sus manos es una documentada respuesta a estas graves interrogaciones. Mas para que los árboles no nos hagan perder el perfil completo del bosque, tal vez convenga ordenar esa respuesta según los epígrafes antes distinguidos.

En su total integridad y bajo forma de planeta, la tierra sigue siendo el ámbito vital del hombre. ¿Cómo? De un modo que se aparta considerablemente de todos los anteriores. Y no sólo por los millares de aviones que diariamente acreditan con su vuelo esa real condición planetaria de nuestro ámbito vital, o por el hecho de que hoy el hombre esté a punto de poner su planta sobre el suelo virginal de otros astros, sino por aquello que constituye la raíz de esos dos y de otros muchos rasgos de la vida actual: la definitiva conquista del *carácter creador de la técnica*.

Para los antiguos y los medievales, la técnica era imitación de la naturaleza o construcción, según la línea de la naturaleza, de lo que ésta no puede hacer por sí misma: naves, casas o templos. Así, hasta que a fines del siglo XIII se produzca en la mente europea una sutil y decisiva novedad teológica. El cristianismo enseña que el hombre ha sido hecho por Dios a su imagen y semejanza. ¿De qué modo un hombre puede ser imagen de Dios? ¿Qué hay en él para que esto suceda? Ante todo, su inteligencia racional, decía la más clásica respuesta medieval. Ante todo, su libre voluntad, dirá, ya desde finales del siglo XIII, la respuesta moderna. El hombre es imagen de Dios, se piensa ahora, por su condición libre, por su libertad. Y puesto que la infinita libertad de Dios es creadora creadora también será, en su medida, la libertad finita del hombre. Desde que en la historia de Occidente surge el «espíritu moderno», la naturaleza ha sido para el hombre un recurso y una instancia para ejercitar intelectual y técnicamente su inagotable condición creadora.

Pero esta revolucionaria idea de la condición humana tardará algún tiempo en adquirir plena realidad histórica. Su encarnación en la vida del hombre ha sido muy lenta hasta los siglos XIX y XX. Producidos por la ciencia y la industria del hombre, surgen ahora elementos químicos y moléculas que no existían en la naturaleza y la sustituyen con ventaja; los átomos son artificialmente desintegrados, y la materia, bajo el gobierno del hombre, se transforma en energía; mediante la fotografía, nuestro ojo es capaz de contemplar la espalda de la Luna; los huevos son fecundados sin el concurso del macho; la mutación de las especies y la suscitación de otras nuevas van siendo hazañas experimentalmente posibles; el espacio cósmico puede ser tranquilamente paseado. La actividad técnica, en suma, ha dejado de ser transformación imitativa o combinatoria y se ha hecho resueltamente transformación gobernadora y creativa. Y así, entre el hombre y lo que en el planeta es todavía naturaleza intacta se ha interpuesto una capa cada vez más densa de invenciones técnicas.

En un sentido etimológico y nada peyorativo del término, el hombre va «desnaturalizando» su vida. Más inmediatamente que la tierra, nuestro ámbito vital es la ciudad: un compacto conjunto de estructuras artificiales que, a través de la naciente astronáutica y de las especulaciones del urbanismo de vanguardia, cada vez se abre más a un horizonte transplanetario. Todavía nos sustentan los frutos y las bestias de la tierra; pero los viejos sueños de Berthelot acerca de una posible «alimentación sintética» se hallan en camino de ser realidad utilizable. Con toda licitud puede afirmarse que el ámbito vital de la especie humana — su «habitat» —, es,

(1) Una advertencia parece necesaria. Aunque ya en trance de rápida desaparición, todavía persisten sobre el planeta formas de vida muy alejadas de la «actualidad histórica»; en algunos casos por franco primitivismo, en otros por estancamiento en anteriores niveles de la evolución técnica e intelectual. La expresión «hombre actual» debe ser entendida, por lo tanto, en su más estricta acepción: el hombre occidental u occidentalizado que ve y maneja el mundo conforme al pensamiento, la sensibilidad y la técnica de la segunda mitad del siglo XX.

por una parte, el sistema solar, y por otra el complejo regazo artificial que le deparan sus creaciones técnicas.

Análogo carácter creador ha tenido en nuestro siglo la transformación artística del cosmos. El impresionismo y el cubismo eran todavía exploraciones hacia una conquista pictórica de lo que por sí y en sí misma es la naturaleza. La pintura y la escultura no figurativas quieren ser, en cambio, creación de realidades y de emociones que la naturaleza no puede por sí misma suscitar. Por ejemplo, la emoción de la ambigüedad entre la obra humana y la obra no humana.

¿Y cómo no ver que desde la vieja y directa propiedad patrimonial y feudal, la efectiva posesión de la tierra se va haciendo día a día más formal y simbólica? Perdurando, sin duda, las antiguas fórmulas romanas y medievales; pero es indudable que, más o menos armoniosamente combinado con ellas, ha surgido un modo de la posesión en la cual lo poseído es un vasto dominio del planeta, y el vínculo posesorio, ahora indirecto y formalizado, pasa a través de una amplia colectividad humana: el Estado, una sociedad anónima o cualquiera de las agrupaciones coposivas y cooperativas que la mente del hombre va inventando. A través de sus múltiples vicisitudes, también la economía va dejando de ser mera aceptación y descripción de lo que es, para convertirse en proyecto y creación de lo que debe ser.

Todo lo cual supone y está trayendo consigo un profundo cambio en la contemplación del planeta. Desde Fr. Ratzel, la geografía es una ciencia cada vez menos «natural» y más «humana». La cartografía va aumentando indefinidamente el número y la variedad de sus puntos de vista. Subsiste, desde luego, el paisaje terrestre, pero ante la mirada humana va apareciendo un inédito paisaje cósmico: para el hombre actual, las galaxias comienzan a ser «paisaje». El mito acerca de la tierra se llama ahora ciencia-ficción, y por vía imaginativa presenta y maneja posibilidades de operación jamás soñadas y en cierto modo extranaturales. La teoría, en fin, especula científicamente sobre el origen y el fin de nuestro mundo y considera la posibilidad física de otros acerca de los cuales los hombres no podríamos tener la menor idea. Contemplar teórica o poemáticamente el planeta y el universo es, en nuestros días, hacer de uno y otro partes de un «templo» al que llega nuestra imaginación intelectual y no puede llegar nuestra imaginación intuitiva.

Así el hombre actual habita, transforma, posee y contempla — en definitiva, humaniza — el astro de que su cuerpo ha nacido y en que su cuerpo, impaciente ya por volar hacia otros ámbitos, todavía reside. Así organiza el planeta, y a través de la hazaña, la catástrofe, el trabajo y la guerra, así se prepara para gobernar transplanetariamente la siempre insondable realidad de su esfera.

(2) Más detalles acerca del tema en mi estudio «El cristianismo y la técnica médica», recogido en mi libro *Ocio y trabajo* (Madrid, *Revista de Occidente*, 1960).